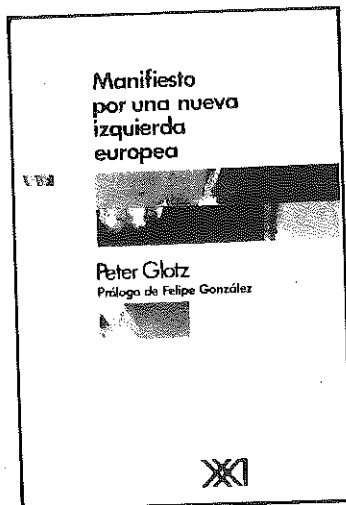


EDITORIAL

INDICIS

XI
Siglo veintiuno
de España
Editores, sa



MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA
Peter Glotz

Prólogo de Felipe González

91 págs.

540 ptas. (IVA)

«Este *Manifiesto* es un folleto publicístico que entronca bien con la vieja tradición de la agitación (de ideas) de la izquierda. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras largos años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años setenta, precisamente cuando se nos hacía creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda en todo el mundo. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como éste las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real. Y reconquistar la calle.»

FELIPE GONZALEZ

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



ACTUALIDAD

2

Barón Crespo, Enrique. "El horizonte 92 y la izquierda". *Leviatán: Revista de hechos e ideas*, 1989, núm. 36, págs. 21-32

EL HORIZONTE 92 Y LA IZQUIERDA

Enrique BARON

El Horizonte 92 se va convirtiendo en un símbolo. Con sus correspondientes tintes míticos, va polarizando de modo creciente la opinión pública comunitaria, e incluso la europea en su sentido más amplio. ¿En qué consiste este Horizonte 92? Sin duda, su perfil más conocido es el de la realización para esta fecha del mercado interior.

En sí, la propuesta no es novedosa. Es una reedición del consabido Mercado Común de 1957 con dos diferencias sustanciales: se ha fijado un nuevo plazo para realizar un espacio común, sin fronteras, en el que la libre circulación de personas, mercancías, servicios y capitales esté garantizada; y otra, que en el nuevo contrato de matrimonio comunitario entra la dimensión social (tanto en su aspecto territorial con la cohesión, como en el laboral).

Pero el proyecto no se limita a estable-

cer una zona de librecambio. Para ello, hubiera bastado una conferencia intergubernamental del tipo GATT (Acuerdo general sobre las tarifas y el comercio (1947) que se aplica a cerca del 60 % de las tarifas arancelarias del mundo), OCDE (Organización para la cooperación y desarrollo económico (1961) cuya función consiste en coordinar las políticas económicas de los países miembros) o un marco como el de la AELE (Asociación europea de libre comercio). El proceso que ha llevado a establecer el programa 92 deriva del relanzamiento del debate comunitario que

Nuestra principal debilidad para lograr la Unión Europea es que las economías siguen estando configuradas en el marco del Estado-Nación.

se impulsa con el trabajo del primer Parlamento Europeo elegido por sufragio universal en 1979. Comienza a concretarse a mediados de la década actual, cuando confluyen la actuación del Parlamento (con la aprobación del proyecto de Tratado de Unión Política y la Europa de los ciudadanos) con las propuestas de la Presidencia Delors en la Comisión y las decisiones de los Consejos Europeos de Fontainebleau y Milán en 1985. Ello, coincidiendo con la negociación de adhesión de los países ibéricos a la Comunidad.

El resultado fue el Acta Unica, perfecto documento comunitario, tanto por su denominación, inexpresiva del contenido, como por su carácter híbrido. En el mismo se contienen una reforma constitucional por la que se modifican aspectos del funcionamiento institucional (vuelta al sistema de mayoría en las decisiones del Consejo, poder de cooperación del Parlamento, constitucionalización de la Cooperación Política Exterior, con extensión a la seguridad); al mismo tiempo, se formula un programa con un plazo que, en parte, recoge los objetivos incumplidos y, en parte, los amplía a nuevas políticas.

Lo primero que se plantea es «hacer progresar de manera concreta la Unión Europea» (1). Es decir, el objetivo es político, y en él se incluyen explícitamente los dos elementos que desde Bodino a Goldsheid se han considerado básicos en la

configuración del Estado: la moneda y la defensa.

El método escogido no es, como se ha señalado ya, nuevo. Consiste en acondicionar un espacio común con la realización de la Europa sin fronteras. Este objetivo 92 ha sido definido en un debate iniciado con la aprobación y ratificación del Acta Unica, desarrollado con el llamado «Paquete Delors» y el apoyo del Parlamento, y la posterior concreción de estos objetivos con la cumbre financiera de Bruselas, de Febrero de 1988. Hay varias líneas fundamentales que deben avanzar en paralelo:

— La realización del mercado interior, entendido como la aprobación y puesta en vigor de 300 directivas que configuran las principales libertades de desplazamiento y establecimiento.

— La Cohesión económica y social, con la introducción de la solidaridad, para reducir las diferencias entre las regiones de la Comunidad a través de un sistema de política regional más desarrollado.

— Las bases de una política social concretadas en la salud y la seguridad en el trabajo.

— La extensión a nuevas políticas, como la investigación y la tecnología, la defensa del medio ambiente, así como los aspectos industriales y económicos de la defensa.

En definitiva, lo que está en cuestión en este momento, para los europeos, es lograr la Unión Europea, objetivo político que requiere un proceso que permita superar nuestra principal debilidad: el que las economías sigan estando configuradas en el marco del Estado-Nación. Por eso, el método escogido es conseguir cimentar y estructurar una sociedad civil común. Un

paso fundamental para ello es derribar las fronteras, y al mismo tiempo crear un espacio económico y social común. De ahí la exigencia de la cohesión económica y social como proceso simultáneo al de la superación de la economía del Estado-Nación.

La imagen dominante en el mito 92 es, en este momento, la de considerar que la labor es de derribo de tabiques y compartimentos. Sobre el solar resultante, la consagración del mercado con su mano invisible, resolvería los problemas que nos acucian. Es la concepción del mercado como talismán, con sus poderes naturales de ordenación, tal como se puede concebir un tatcheriano. Se trata de un proceso de integración negativa: desmantelamiento de fronteras más «deregulation» sistemática.

Para un socialista, el 92 tiene que partir de la configuración de un espacio común, en el que se desarrolle la solidaridad espacial y humana y, a la par, la construcción de instituciones democráticas con políticas comunes. Es decir, la construcción europea debe de seguir siendo un proceso de integración positiva. Históricamente no ha sido la plasmación concreta de una concepción utópica y armónica, sino que ha avanzado trezando, paso a paso, «solidaridades de hecho».

La izquierda y el mercado

¿Cuál es la posición de la izquierda ante este proceso? Históricamente no se puede decir que haya sido absolutamente entusiasta. Incluso se oye a veces la crítica de que, en fin, como se ha escogido este método de hacer Europa... Es decir, que habría otras vías alternativas. Una sería la de la tesis federalista pura. Es decir, celebrar unos Estados Generales constituyentes, en los que confluyeran todos los representantes europeos. Nuestros amigos

Para un socialista el 92 tiene que partir de la configuración de un espacio común en el que se desarrolle la solidaridad espacial y humana.

comunistas italianos, superada su inicial actitud contraria a la CEE, son hoy los más ardientes defensores de esta tesis. La única vía es la de redactar y aprobar una Constitución. Otra posibilidad sería la de mantener el proceso a los niveles diplomáticos propios de una Santa Alianza, en la que los Príncipes actuales mantuvieran su poder nacional. Concepción gaullista o thatcheriana.

En cualquier caso, parece ser que al impulsar el proceso de construcción por el mercado no nos sentimos a gusto. Incluso, el hincapié que se pone a menudo en la necesidad de la cohesión o en el temor al «dumping social» responde al temor de que estas medidas no pasen de ser un taparrabos (un *cache-sexe*) de esa gran oportunidad para el capitalismo.

En esta valoración inicial tiene un indudable peso la crítica al mercado, en su dimensión más ideológica, identificándolo con la libertad absoluta de actuar para enriquecerse. Sus defensores sostienen a ultranza una visión idílica sobre su gestación y virtudes. Su propuesta consiste, en esencia, en considerar que lo mejor para la sociedad es suprimir todas las trabas artificiosas establecidas por los hombres, para que funcione la mano invisible. Es decir, que el interés general viene definido por la suma de los intereses particulares. Consecuencia de ello es considerar que el proceso de construcción de un mercado único consiste en una obra de demolición

El complejo mecanismo de mediación y equilibrio que supone el Estado de bienestar ha llevado a considerar como propio el marco del Estado.

de tabiques y compartimentos inútiles. La aprobación de las 300 directivas convertiría a Europa en el jardín del Paraíso. Se trataría de un proceso lineal en el que todos seríamos beneficiarios netos.

Sin embargo, esta visión simplista choca con la realidad. La historia demuestra que el mercado no está en la naturaleza —el buen salvaje no disfrutaba de sus ventajas—. Por el contrario, la creación de los mercados es una parte esencial de la gestación y configuración de los Estados. La historia de su formación y consolidación pasa por el monopolio de la fuerza y de la hacienda, así como por el acondicionamiento sistemático de las redes de transporte y de las barreras hacia el exterior por parte del poder político. Una vez afirmado el poder como tal, tanto en la formación de los Estados como en sus imperios coloniales, la actitud más libre-cambista es el credo que se propaga y se predica sobre todo desde una posición dominante. En su fase de consolidación, los Estados han sido mercantilistas y proteccionistas; cuando han dominado, han predicado su libertad.

El mercado es, por tanto, un fruto de la estructuración del poder político. En la medida que se ha diferenciado el instrumento económico de la propiedad y del poder, es cuando se ha podido crear una economía estable en una sociedad democrática. El mercado es un medio eficaz y democrático de asignación de recursos

para muchas actividades económicas; tiene también limitaciones sustanciales para otras (p. ej. la educación, la sanidad, las infraestructuras).

Ello es así porque el ser humano no limita su dimensión social a las facetas de productor o consumidor. Hay más dimensiones en la persona y en la sociedad que éstas. El gran teórico del *management* americano, Peter F. Drucker, lo ha definido de manera insuperable: «Tanto los partidarios absolutos del mercado como los de la planificación económica no llegan a comprender que el sistema de mercado, por su misma fundamentación en las necesidades del individuo, supone la coexistencia de dos esferas igualmente importantes de la vida social. Una es la esfera individual en la que la sociedad organizada existe sólo como un instrumento para la satisfacción de los ideales, aspiraciones, necesidades y deseos individuales; la otra es la de una sociedad organizada en la que los ciudadanos existen sólo como instrumentos —la expresión «miembro» es totalmente apropiada— para el logro de la supervivencia social y para sus fines. Ambas esferas forman parte esencial de la naturaleza humana. Sin ellas, en realidad, no habría sociedad humana, sólo la colmena o el manicomio» (2). Ello ha llevado, en gran parte gracias a la acción reformadora de la izquierda, a las actuales economías mixtas de mercado, dominantes tanto en Europa occidental como en EE. UU. y Japón.

El internacionalismo y la izquierda

La vía elegida es, innegablemente, la más dialéctica socialmente. Para comprobarlo, es un procedimiento útil el hacer un pequeño viaje por el túnel del tiempo. Pensemos por un momento que estuviera entre nosotros uno de los pioneros que, a mediados del siglo pasado, fundaron la I Internacional. Probablemente haría una

valoración mucho más positiva que nosotros del actual desafío. En el siglo XIX, tanto el incipiente movimiento obrero como los partidos socialistas tenían un credo fundamental: el internacionalismo. La I Internacional surge en Londres a partir de la solidaridad con los patriotas polacos. La lucha de los primeros sindicalistas y líderes partidarios tiene un carácter europeo. La afirmación nacionalista, la exaltación del Estado-Nación y la construcción de su respectivo mercado único era patrimonio de la burguesía, que iba configurándolo con la creación de infraestructuras modernas (el ferrocarril y los canales) y la especialización productiva. El mundo se repartía entre potencias europeas que trataban de configurar su propio mercado a escala mundial a través de sus imperios coloniales, en lo que se llamaba expansión de la civilización. La misma historia de los EE. UU., con su tan conocida conquista del Oeste, es la de una epopeya en la que los héroes, en vez de ser reyes, generales o nobles, fueron vaqueros, buscadores de oro o constructores de ferrocarriles que iban creando un mercado de costa a costa (3).

En Europa, la construcción de Estados como Alemania o Italia fueron procesos paralelos de afirmación cultural y romántica con la configuración de mercados únicos. En ellos los progresistas jugaron un papel esencial.

Engels fue oficial con la Revolución Alemana del 48; Mazzini y Garibaldi fueron artífices del Risorgimiento y de la unificación de Italia. La identificación entre conquista de las libertades democráticas y la prosperidad producida por el progreso hizo que tanto teóricos como militantes estuvieran a favor del proceso. Se concebía el socialismo como superación del capitalismo, por lo que había que fomentar su desarrollo. No hay que olvidar que Marx y Engels preveían su llegada en Inglaterra, no en Rusia.

¿Por qué evolucionó la izquierda política y sindical? Ante todo, porque las grandes ilusiones no pudieron sobrevivir a las guerras europeas. Las del 70, entre los Imperios francés y alemán, con la revolución social de la Comuna; la de 1914, que llevó a la II Internacional a la tumba; con la fractura que supuso el ascenso del comunismo y la eclosión de los fascismos. Pero igualmente, en la medida en que se fue enraizando en la sociedad, y consiguió hacer realidad la participación ciudadana del pueblo, de los trabajadores y los campesinos, fue identificando su marco de acción con el Estado. El sufragio universal y la protección social, desde las leyes bismarckianas hasta el Estado asistencial (*Welfare State*), han cambiado radicalmente el papel del Estado. El denostado Consejo de Administración de la burguesía se ha convertido en un instrumento de gestión, redistribución y garantía social.

El complejo mecanismo de mediación y equilibrio que supone el Estado del bienestar en su conjunto, con la existencia de mecanismos de negociación y concertación entre las fuerzas políticas, económicas y sociales, ha llevado a la izquierda a considerar como propio el marco del Estado.

Si se añade a lo apuntado que la construcción europea se inició con un importante componente atlantista, un claro impulso norteamericano y un peso prepon-

Aunque desde los primeros intentos de construcción europea hubo una activa presencia socialista, no hubo apoyo entusiasta de los partidos socialistas a nivel nacional.

derante de políticos de centro-derecha, se completa un cuadro en el que la izquierda no estuvo claramente en vanguardia en un proceso que, por filosofía, debería haber apoyado.

Aunque desde los primeros intentos de construcción europea en la posguerra hubo una activa presencia socialista, tanto en el Congreso de La Haya del 48 como en la creación de la CEE, no hubo un apoyo entusiasta de los partidos socialistas a nivel nacional. Pese a ello, los hombres clave del equipo Monnet, Etienne Hirsch y Pierre Uri, autores materiales de muchos textos básicos, son socialistas de toda la vida. La postura comunista fue más dura aún. Edgar Morin lo ha dicho con claridad: «Había sido resistente y era entonces comunista. Para mí, para nosotros, Europa era una palabra que mentía» (4). Más recientemente, Sartre reaccionaba ante la convocatoria de las primeras elecciones europeas con la *boutade* de que «l'Europe est foutue», porque la elección del Parlamento representaba una abdicación de hecho ante la estrategia y la presión americanas.

En estos cuarenta años la izquierda ha ido cambiando. La idea europea ha perdido su carácter peyorativo de sucursalismo americano y derechista entre los socialistas. Incluso, en algunos de los países del Sur existe una clara identificación entre la construcción europea y la lucha por la democracia. En el plano sindical, la con-

La idea europea ha perdido su carácter peyorativo de sucursalismo americano y derechista entre los socialistas.

solidación de las multinacionales ha sido el factor que más ha contribuido a plantear la necesidad de una dimensión internacional a la lucha sindical. Con todo, las grandes líneas de la acción sindical han discurrido en el marco de cada Estado, limitándose la acción europea al terreno de los principios y las manifestaciones genéricas de solidaridad y coordinación.

En la construcción europea los papeles del siglo pasado parecen haberse invertido. El capitalismo y la derecha son más internacionalistas, mientras que en la izquierda ha habido un fuerte peso de defensa de posiciones nacionales. Curiosamente, los temores iniciales manifestados en relación con la creación del Mercado Común en la década de los 50 provinieron sobre todo de ciertos sectores patronales franceses e italianos. No todos los mercaderes estaban a favor de Europa. El principal temor era el de la invasión de productos extranjeros, consecuencia del desarme arancelario. El impulso que produjo en las economías europeas la creación de la Comunidad, paralela al desarrollo de una economía de consumo de masas, contribuyó a disiparlos. El sistema puso a prueba su solidez con la crisis de los 70. Por primera vez, la respuesta no fue una vuelta generalizada al proteccionismo y a la guerra comercial.

Sin embargo, la construcción europea no está aislada ni dispone de períodos de tiempo para su maduración mucho más amplios. Mientras la casa de Europa se construye lentamente, otros Estados y áreas regionales avanzan con gran rapidez. Tal es el caso del área del Pacífico, con Japón como primera potencia regional, y los cuatro tigres del Sudeste. China, por su parte, ha conseguido alimentar a su nuha afirmado las bases de una economía poderosa. Los EE.UU. tratan de mantener su peso comercial y financiero, además de su papel militar hegemónico. Por último, está el peso del bloque soviético, con su

inmenso imperio, que contiene las mayores reservas de materias primas. En este contexto de la mundialización de la economía, con un sistema financiero globalmente conexas, una carrera tecnológica desatada y con la aparición de nuevas potencias industriales, la Europa de los 70 ha reaccionado de modo pasivo, perdiendo posiciones, y, de modo especial, en los sectores más avanzados. Michel Albert ha descrito con exactitud este comportamiento al hablar de la «Vieille dame soudain dans le gêne; L'Europe vendait ses bijoux pour sauver son standing». Se dio prioridad a los salarios sobre los beneficios, se prefirió consumir en vez de invertir (5).

Se puede afirmar que queda poco tiempo histórico para hacer Europa. Así lo han ido comprendiendo los que creían que podían hacer aún la guerra por su cuenta: la Gran Bretaña que mantuvo su espléndido aislamiento mientras se iban desgranando las joyas de la Corona, la Francia gaullista que intentaba afirmar en solitario su «grandeur» o la Alemania que compensaba sus hipotecas políticas con su pujanza económica.

Es significativo que las uniones regionales vayan ganando peso en otras áreas del mundo como respuestas a los principales problemas económicos. Así está ocurriendo en América, en donde EE.UU. y Canadá han llegado ya a un acuerdo creando un Mercado Común, con un México que ha tenido que romper su tradicional aislamiento. En el sur del continente, las economías más fuertes, Brasil-Argentina-Uruguay, al volver a la democracia, han concertado un acuerdo de principio para hacer también un Mercado Común. En el punto más caliente del continente, Centroamérica, se han creado plataformas de diálogo, como Contadora y Esquipulas, que con todas sus dificultades están condenadas a avanzar por el camino de la cooperación y la integración

Es significativo que las uniones regionales vayan ganando peso en otras áreas del mundo como respuestas a los principales problemas económicos.

progresiva, si se quiere realmente romper con el círculo infernal del subdesarrollo.

En el Asia del Pacífico, el fenómeno de integración y complementariedad de la economía plantea igualmente ya la necesidad de estructurar un área monetaria regional. Quizá el caso más dramático, por su menor grado de desarrollo y población, sea el de Africa, sobre todo el del mundo subsahariano. En un terreno más próximo, el del Magreb, la falta de integración es un poderoso freno para la cooperación con Europa. El encuentro en Argel entre Hassan II y el presidente Benjedid demuestra la fuerza de los hechos.

A la hora de plantear los temas de fondo, como son la resolución del problema de la deuda, el futuro de la agricultura, la evolución del comercio, cada vez más los problemas se debaten a escala mundial. De ahí a concluir que los procesos de integración regionales sean paralelos y simultáneos, media un abismo. Pero lo que está claro es que el proyecto de salvación por la industrialización de un solo país ha pasado a la historia. Así lo han comprendido ya tanto la URSS como China. Aquellos que intentan procurar la felicidad de sus ciudadanos aislándolos del mundo producen tragedias como las de Etiopía, Camboya, Paraguay, o, en tierras europeas, Rumanía.

Por ello el debate iniciado sobre el futuro de Europa, limitado hasta ahora a los

niveles institucionales de la Comunidad, tiene un valor político decisivo. Hasta ahora se ha mantenido a unos niveles muy superestructurales y con ese lenguaje esotérico propio de los ambientes intra-comunitarios.

La pregunta formulada sobre el papel de la izquierda en este proceso debe responderse partiendo de la asunción por parte de los socialistas de sus responsabilidades en la construcción europea. Hay que tener presente, primero, el hecho de que el socialismo democrático es la primera fuerza política de la Comunidad, de acuerdo con los resultados de las elecciones europeas a las que concurrieron todos los partidos socialistas comunitarios con un manifiesto común. El Grupo Socialista es la minoría mayoritaria del Parlamento Europeo. En la Comisión, es socialista el Presidente y el grupo más numeroso de Comisarios. En el Consejo, la mitad de los gobiernos tienen participación socialista (tres en mayoría y tres en coalición). Además, en todos y cada uno de los países comunitarios el socialismo democrático es una fuerza clave en el sistema político, con estrechas relaciones con organizaciones de masas extendidas en la sociedad.

Sin embargo, no existe una organización que elabore la política socialista a nivel comunitario. De hecho, uno de los problemas más graves de la construcción europea es que no hay protagonistas so-

ciales europeos. Uno de los pioneros más destacados de la creación de la Comunidad, socialista inconformista de pro, Sico Mansholt, decía en 1974: «los partidos europeos deberían, a mi parecer, ejercer un gran papel. Si hay esperanza para Europa, tiene que venir de ellos» (6). Este razonamiento es aplicable al conjunto de las organizaciones sociales. Se trata de un desafío planteado a todos los niveles en Europa; también a los sindicatos y las organizaciones empresariales. Para poder elaborar decisiones comunes y aplicarlas es preciso tener órganos de decisión común.

Esta afirmación podría ser tachada de utópica hace aún pocos años. La experiencia demuestra hoy, cotidianamente, que es posible debatir, llegar a acuerdos y ejecutarlos superando las barreras de los idiomas y de las tradiciones nacionales. Esto ocurre tanto en los equipos de trabajo o en los órganos de la Comisión y el Consejo, como en los grupos parlamentarios, en las Comisiones o en el Parlamento.

La responsabilidad de la izquierda es, por tanto, de un protagonismo cualificado. No sólo en las instituciones comunitarias, se extiende a la configuración de una sociedad europea a la que tiene que saber aportar los valores de solidaridad, justicia y progreso que han sido sus banderas históricas.

El mercado y la sociedad

En la situación actual se pueden prever dos escenarios posibles: el de la estricta realización de los deberes encargados, entendiendo que todo el esfuerzo se concentra y se agota en sacar adelante las famosas 300 directivas que delimitan el mercado interior y que, cumplido esté objetivo, en 1993, se abrirá una nueva etapa.

El segundo parte a considerar que, a partir de la dinámica creada, van a surgir nuevos elementos y, sobre todo, se va a producir una aceleración del proceso. Por ello, la consolidación democrática de la CEE es un problema inmediato y paralelo al de realización del Horizonte 92. Se puede calificar el proceso, con razón, de dialéctico.

En efecto, las medidas que se adoptan con cada nuevo reglamento y directiva no se agotan en sí mismas. Su acción se enmarca y genera consecuencias y efectos colaterales —«By effect»— no contemplados o inesperados, que se producen tanto sobre las instituciones nacionales preexistentes como sobre los ciudadanos. Resulta un tanto paradójico que se pueda pensar que para 1992 los productos, los bienes, los capitales y los servicios puedan ser europeos, y que los únicos que no lo vayan a ser sean, precisamente, los ciudadanos. Además, la experiencia demuestra que el proceso de interacción funciona con una enorme capacidad dialéctica. Así, cuando se ha logrado aprobar la directiva sobre la liberalización del transporte aéreo, se han planteado acto seguido los problemas de control del tráfico, de las licencias de los pilotos y de las inspecciones. Para ello son precisas reglas de circulación y una autoridad, una guardia de la circulación europeo. Así lo están comprendiendo los ministros, comisarios y parlamentarios europeos, que tienen tiempo para pensar sobre las consecuencias de sus decisiones durante los embotellamientos y los tiempos de espera. En otro caso muy distinto, el tomar 1992 al pie de la letra ha llevado a operaciones como la OPA de De Benedetti sobre la Société Générale de Bélgica. Más allá de la anécdota, este caso ha demostrado la necesidad imperiosa de disponer de regulaciones y garantías de los derechos de los accionistas para poder realizar actividades mercantiles a escala europea. Ello exige, por tanto, que se tengan mucho más

en cuenta la dimensión de integración positiva y de construcción de Europa.

Sin embargo, cada paso que se da crea nuevas necesidades y exigencias —la moneda, el transporte o las finanzas son tres ejemplos concretos—, por tanto, exige elaborar nuevas normativas. La integración positiva es un elemento civilizador y constructivo. Hay que combatir la fácil idea de considerar que la desreglamentación —«deregulation»— sistemática equivale a progreso. Desde el Código de Hammurabi hasta hoy la existencia de la civilización se ha identificado con la existencia de normas estrictas que regulan los comportamientos. Y lo que hace falta no es la ausencia total de reglamentos, sino que haya pocos, precisos y buenos.

Con todo, el aspecto de mayor sensibilidad es, sin duda, el del mantenimiento y el incremento de la cohesión social. Hay una dimensión de la misma, la democracia industrial, que es uno de los más claros signos de identidad europeos, en relación con los EE.UU. o Japón. En este terreno hay un complejo debate, por una parte entre los representantes del mundo empresarial europeo acostumbrados al diálogo y a la negociación, y aquellos que consideran que el 92 representa el desmantelamiento de los avances sociales que configuran la Europa actual; por otra está la tensión en el seno del movimiento sindical entre los movimientos de los países con más avanzado Estado del bienes-

La izquierda tiene que saber aportar a una sociedad europea los valores de solidaridad, justicia y progreso que han sido sus banderas históricas.

El debate iniciado sobre el futuro de Europa, limitado hasta ahora a los niveles institucionales de la Comunidad, tiene un valor político decisivo.

1992 es un elemento de tensión y movilización que, como todo proceso de cambio, genera resistencias y rechazos.

tar, y los de los países menos desarrollados de la Comunidad. Debate complejo en el que se mezcla el temor al *dumping* social con la negativa a disminuir los niveles de protección social.

Son tan comprensibles los temores de los socialdemócratas del Norte de ver una degradación de sus sistemas de protección social, como los de los socialistas del Sur que temen una invasión comercial devastadora de sus economías. Lo que está claro es que la respuesta no vendrá dada por una vuelta al pasado, o un reverdecer del proteccionismo, sino por asumir en común el mayor desafío con que nos hemos enfrentado en nuestra historia común.

Pero la cuestión no se limita a este terreno. 1992 es un elemento de tensión y de movilización. También, como todo proceso de cambio, genera resistencias y rechazos. La perspectiva del libre establecimiento de profesionales está ya dando lugar a medidas defensivas corporativas en muchas asociaciones y colegios profesionales, que defienden sus «cotos reservados». Las demandas contra medidas defensivas o normas discriminatorias están dando lugar a una jurisprudencia del Tribunal de Justicia, que cumple un papel positivo y democrático, obligando a las respectivas administraciones nacionales a aplicar las normas comunitarias. En el cumplimiento de éstas se reflejan las respectivas idiosincrasias. Los daneses, reti-

centes a la hora de aceptar los avances europeístas, que son seguidos con atención permanente por el Folketing danés (y que necesitaron un referéndum para aprobar el Acta Unica), no tienen apenas recursos pendientes. Mientras tanto, los más ardientes partidarios de avanzar en la Unión Europea, como los italianos y los franceses, son los que tienen más problemas para que Europa se aplique en la realidad cotidiana (7).

El problema se extiende a los equilibrios políticos. Si en la CEE la política agrícola común se ha convertido en una preocupación central que devora los dos tercios del presupuesto, no es por casualidad. Como tampoco lo es que en Japón se pague el arroz a más de ocho veces el precio internacional, o que en EE.UU. la Administración Reagan, mientras predicaba la eliminación de las subvenciones agrícolas, haya multiplicado su nivel en los últimos ocho años. Curiosamente las grandes potencias industriales apoyan de manera sistemática y masiva a sus respectivas agriculturas, generando problemas excedentarios y planteando difíciles situaciones en relación con los países tradicionalmente exportadores de productos agropecuarios, o de aquellos que se incorporan al comercio mundial. En la Comunidad no son los países de más peso agrícola los mayores beneficiarios de las ayudas. Los más ardientes defensores de la política de precios elevados han sido tanto la RFA como Francia. Ello se debe fundamentalmente a que, pese a su carácter marginal en el conjunto de la población, los agricultores son el centro del mundo rural que tiene el valor decisivo de configurar las mayorías en las circunscripciones electorales. Al mismo tiempo, constituyen con la COPA (Confederación de organizaciones para la agricultura) el grupo de presión mejor organizado de la Comunidad.

Por otra parte, en la aventura en que

estamos embarcados, los beneficios no se van a repartir por igual. Además de aquellos que temen por sus rentas de situación o sus posiciones monopolísticas, están también los marginados, los que pueden quedarse al borde del camino, los que temen cambios que no les beneficien, o que simplemente tratan de expresar su protesta.

Curiosamente, a pesar de los pesares, la idea de Europa no ha perdido terreno en la opinión pública; al contrario, ha ido ganando capacidad de atracción. Ciertamente hay países, especialmente Dinamarca o Gran Bretaña, en donde la idea es menos popular, pero no hay ningún movimiento seccionista. Es más, la Comunidad ha resistido la prueba de fuego de la crisis económica y la ha superado.

Sin embargo se están produciendo corrimientos de tierras y cambios que pueden amplificarse en los próximos años. La evolución del voto de protesta es uno de estos ejemplos, con la eclosión volátil del *lepenismo* en Francia, o con el crecimiento del Partido del Progreso también de extrema derecha en Dinamarca.

Dado que todo proceso rápido de transformación social genera tensiones y resistencias, es muy preciso tener en cuenta la tarea de explicación e información. Si la reestructuración de industrias crepusculares, sitas en regiones industriales en declive, ha requerido esfuerzos políticos y presupuestarios importantes en todos los países comunitarios, es innegable que una auténtica revolución tranquila como es el Horizonte 92 requerirá una reconsideración y una atención especial de todas las fuerzas políticas y sociales.

En este proceso las elecciones europeas de 1989 son una cita importante. En primer lugar, porque la Comunidad necesita una legitimidad y una estructura democrática. Por otra parte, porque serán una

oportunidad privilegiada a mitad de camino del Acta Unica para contrastar ante los ciudadanos la validez de las opciones generales, así como los respectivos posicionamientos de las fuerzas políticas con vocación comunitaria.

La tarea de la izquierda tiene que ser la de situarse en este nuevo marco, y en este campo de juego poner a punto las respuestas políticas para conseguir que la construcción europea se haga con nuestra máxima influencia y aportación. Ello supone dar un impulso positivo a la construcción europea, consolidando los aspectos más progresivos de la Europa sin fronteras como un espacio económico y social común, con una nueva dimensión del bienestar (*Welfare State*), así como de diálogo y concertación. Y, al mismo tiempo, que permita a Europa hacer frente a los desafíos que tiene en el mundo, tanto tecnológicos como económicos, de seguridad y de distensión a los cuales no podrá hacer frente si no se une.

Ante esta oportunidad de construir activamente el futuro, la izquierda debe de recuperar una de sus originarias señas de identidad: el internacionalismo. Su proyección más inmediata en estos momentos es la construcción de una Europa unida y, al mismo tiempo, abierta a la humanidad.

© L'Événement Européen

(1) Art. 1 del Acta Unica.

(2) Peter F. Drucker. *The concept of corporation*. Mentor. pp. 208-9.

(3) Peter d'Jones. *The Consumer Society. A History of American Capitalism*. Pelican.

(4) Edgar Morin. *Penser l'Europe*. Pág. 9. Gallimard.

(5) *Un pari pour l'Europe*. Senial 82. Págs. 17-8.

(6) *La crise*. Ed. Stock. 1974.

(7) Cf. por el número de recursos pendientes ante el Tribunal de Justicia.